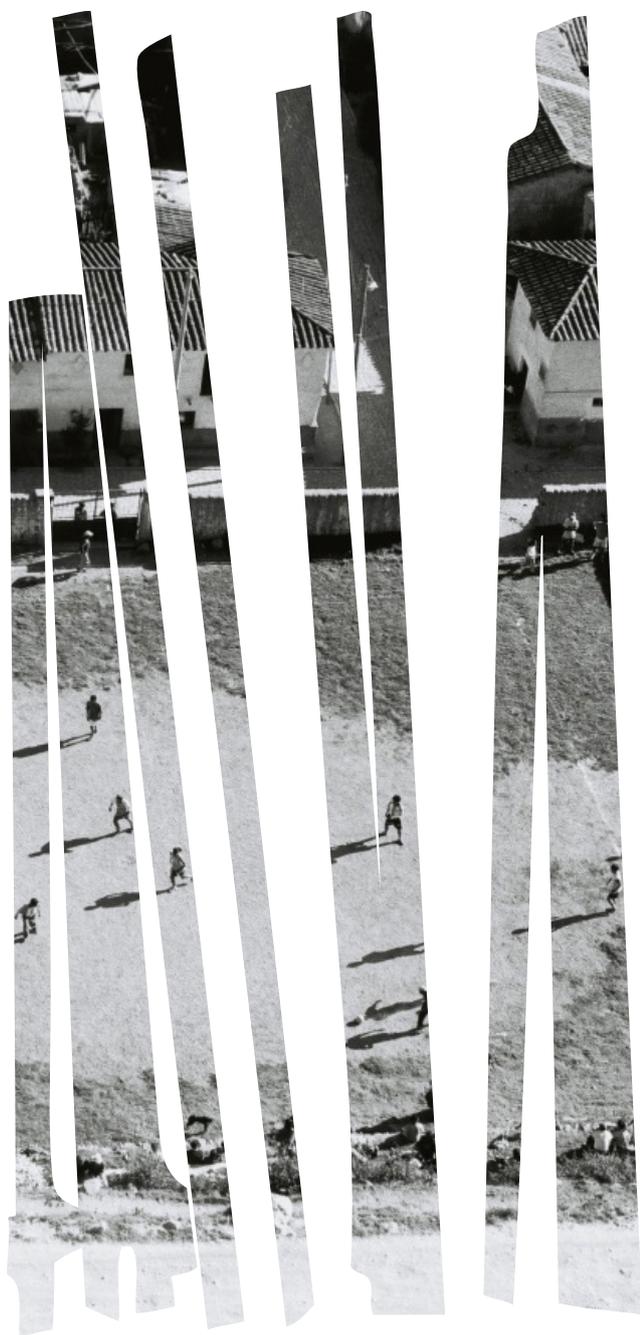


Working Paper No. 51, 2022

Inequidades y convivialidades en movimiento

La familia y los inicios de la migración del Triángulo Norte
de Centroamérica hacia los Estados Unidos

José Ricardo Castellón Osegueda



Mecila:
Working
Paper
Series

The Mecila Working Paper Series is produced by:

The Maria Sibylla Merian Centre Conviviality-Inequality in Latin America (Mecila), Rua Morgado de Mateus, 615, São Paulo – SP, CEP 04015-051, Brazil.

Executive Editors: Barbara Potthast, Universität zu Köln, Germany
Joaquim Toledo Jr., Mecila, São Paulo, Brazil

Editing/Production: José Heriberto Erquicia, Joaquim Toledo Jr., Juan Pablo Carrera,
Paul Talcott

This working paper series is produced as part of the activities of the Maria Sibylla Merian Centre Conviviality-Inequality in Latin America (Mecila) funded by the German Federal Ministry of Education and Research (BMBF).

All working papers are available free of charge on the Centre website: <http://mecila.net>

Printing of library and archival copies courtesy of the Ibero-Amerikanisches Institut, Stiftung Preußischer Kulturbesitz, Berlin, Germany.

Citation: Castellón Osegueda, José Ricardo (2022): “Inequidades y convivialidades en movimiento. La familia y los inicios de la migración del Triángulo Norte de Centroamérica hacia los Estados Unidos”, *Mecila Working Paper Series*, No. 51, São Paulo: The Maria Sibylla Merian Centre Conviviality-Inequality in Latin America.

<http://dx.doi.org/10.46877/castellon.2022.51>

Copyright for this edition:

© José Ricardo Castellón Osegueda

This work is provided under a Creative Commons 4.0 Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International License (CC BY-NC-ND 4.0). The text of the license can be read at <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode>.

The Maria Sibylla Merian Centre Conviviality-Inequality in Latin America cannot be held responsible for errors or any consequences arising from the use of information contained in this Working Paper; the views and opinions expressed are solely those of the author or authors and do not necessarily reflect those of the Maria Sibylla Merian Centre Conviviality-Inequality in Latin America, its research projects or sponsors.

Inclusion of a paper in the *Mecila Working Paper Series* does not constitute publication and should not limit publication (with permission of the copyright holder or holders) in any other venue.

Cover photo: © Nicolas Wasser

Inequidades y convivialidades en movimiento. La familia y los inicios de la migración del Triángulo Norte de Centroamérica hacia los Estados Unidos

José Ricardo Castellón Osegueda

Resumen

El presente trabajo quiere examinar los cambios operados en la familia, estructura clave de subsistencia, sociabilidad, afectividad y convivencia, por causa de la migración, tomando el caso de los países del Triángulo Norte de Centroamérica (Guatemala, El Salvador y Honduras) y su desplazamiento hacia los Estados Unidos. Se enfoca en el lapso comprendido entre finales de la década de 1970 e inicios de la década de 1980, período que abrió el ciclo más notable de la migración de los centroamericanos y que configura decididamente su transnacionalismo. Para ello, recurre a los conceptos inequidad y convivialidad no solo para analizar, desde su óptica, la fenomenología referida, sino también para proponer que en la familia subyace una correlación de inequidades y convivialidades en que la movilidad produce nuevos contextos de ese vínculo.

Keywords: movilidad | migración centroamericana | convivialidad

Sobre el autor:

José Ricardo Castellón Osegueda es doctor en Historia por la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla, España (2013), y doctor en Filosofía (Historia) de la Universidad de Colonia, Alemania (2018). Además de la cotidianidad, el diseño y la familia en Centroamérica, su trabajo se enfoca en la historia social latinoamericana y en la movilidad social y geográfica global. Ha sido docente, desarrollador curricular, consultor en comunicación y diseño, conferencista y autor de artículos, capítulos y libros como Fiestas, vida y comida en el interior del Reino de Guatemala y Secretos de familia. La familia y su movilidad en El Salvador colonial. Alumni DAAD, Junior Fellow del Mecila (2020) y becario de la Fritz Thyssen Stiftung, ha sido, entre 2018 y 2021, investigador postdoctoral y docente en el Historisches Institut – Abteilung für Iberische und Lateinamerikanische Geschichte de la Universidad de Colonia, Alemania. Es miembro de la Academia Salvadoreña de Historia y de la Asociación Alemana de Investigación sobre América Latina (ADLAF).

Contenido

1. Introducción	1
2. Inequidad y familia	5
3. Nuevas convivialidades e inequidades	12
3.1 El proceso de arribo	13
3.2 La radicación	16
4. Conclusiones	23
5. Bibliography	24

1. Introducción

El Triángulo Norte de Centroamérica (desde aquí TNC) es una denominación originada posiblemente en 1980, y asignada a Guatemala, El Salvador y Honduras (Aguilar 2003) por las similitudes compartidas entre estos países. Las semejanzas comprenden los conflictos armados y la represión política, así como las dificultades económicas que derivaron en un proceso migratorio masivo iniciado entre finales de 1970 e inicios de la década de 1980. El fenómeno condujo a que entre 1980 y 2017 el número de emigrantes pasara de cerca de 200.000 a más de 3 millones según fuentes oficiales (Abuelafia et al. 2019: 5). Tanto por su número (el fenómeno no era nuevo pero nunca había sido tan grande) como por una caracterización particular (que ha acompañado a la migración del TNC hasta la actualidad), la migración del TNC entre las décadas de 1970-1980 es un hito “único no solo para estudiar las causas de la emigración, sino también las experiencias de asentamiento y las prácticas transnacionales de los migrantes” (Blanchard et al. 2011: 61–62).

Durante mucho tiempo, la dinámica familiar fue una dimensión ignorada por el ámbito académico en el estudio de los procesos migratorios. La situación comenzó a cambiar en la década de 1980, cuando algunos autores comenzaron a subrayar la necesidad de situar a la familia en el centro del análisis de los fenómenos migratorios (Araujo y Pedone 2014: 5). Para finales de los años noventa del siglo XX, los conceptos de “familias transnacionales” y “maternidad transnacional” permitieron captar las profundas incidencias de la migración internacional en las formas de organización de las familias migrantes, y mostraron la importancia de las dinámicas familiares como terrenos de investigación y producción de conocimiento sobre los movimientos migratorios (Kofman et al. 2011; Oso y Parella 2012). De esta forma, la construcción de comunidades transnacionales como consecuencia de los flujos migratorios del mundo contemporáneo ha llevado a situar a la familia como uno de los objetos de mayor interés en las actuales investigaciones en ciencias sociales (Sánchez Molina 2004: 258). El desarrollo de familias transnacionales o unidades domésticas multilocales –cuyos miembros están viviendo en al menos dos Estados-nación– es uno de los fenómenos socioculturales característicos de la globalización (Basch et al. 1993; Salazar Parreñas 2001; Hondagneu-Sotelo y Ávila 1997).

Centroamérica puede apreciarse como una de las regiones que más temprano comenzó a estudiar la relación entre familia y migración. La agudización de la crisis social, la escalada de la Guerra Fría, la represión y los conflictos armados que estallaron en la región a finales de la década de 1970 marcaron el inicio de la migración centroamericana masiva hacia los Estados Unidos y pueden explicar esta circunstancia. Estudios como el de Montes (Montes 1987) sorprendieron tempranamente por su contundencia. El autor refería que había más de un millón de salvadoreños viviendo en los Estados

Unidos, mientras que los datos oficiales eran marcadamente conservadores. Montes también observaba la incidencia de la migración de salvadoreños a los Estados Unidos en la desestructuración familiar. El estudio del fenómeno migratorio evolucionó con el discurrir de la crisis centroamericana (Funkhouser 1992; Burns 1993; Hagan 1994; Mahler 1996; Repak 1995; Morrison y May 1994; Coutin 1998; Bailey y Hane 1995; Landolt et al. 1999; Menjívar 2000; Fink 2003; Hamilton y Stoltz 1991, 2001; Hagan et al. 2008; Menjívar 2006)¹. Sin embargo, se ha advertido la poca atención prestada en Centroamérica al estudio preciso de las configuraciones de las familias transnacionales (Sánchez Molina 2004: 258). La excepción la constituyen estudios como los de Mahler y Repak (Mahler 1996; Repak 1995), que refieren la importancia de las estructuras político-económicas en las dinámicas reticulares de la migración en Estados Unidos, y, en consecuencia, en las familias. De un modo similar, Cohen (Cohen 1979) ha destacado que los mayores cambios que produce la migración se dan en las unidades domésticas, por un lado, porque las familias se separan para facilitar la migración, y, por otro, porque la adaptación a las condiciones sociales y culturales en las sociedades de acogida exige a los inmigrantes una rápida reconfiguración familiar (Cohen 1979: 384).

Si bien en los inicios del siglo XXI aparece la tendencia a poner un mayor énfasis en el asunto de la familia transnacional, no fue hasta la segunda década del siglo que se hizo más evidente la necesidad de estudiar a la familia como ejecutora de arreglos que derivaban en diversas formas de *convivencia* familiar (Valk y Bueno 2016: 127). En 2019, Costa refería el inseparable nexo entre convivialidad e inequidad, señalando

1 Para la década de 1990, investigaciones como las de Funkhouser se ocupaban del importante papel que ya tenían las remesas en la economía familiar centroamericana (Funkhouser 1992); Burns observaba el fenómeno de la población maya guatemalteca radicada en la Florida (Burns 1993), y Hagan analizaba las dificultades de la ilegalidad (Hagan 1994), situación en que vivía la mayoría de los centroamericanos que residían en los Estados Unidos. En el mismo sentido, Mahler observaba la vida migrante “en los márgenes” (Mahler 1996) y Repak se enfocaba expresamente en la numerosa cantidad de trabajadores centroamericanos radicados en Washington (Repak 1995). En la década de 1990 los conflictos armados finalizaron, pero la migración, lejos de cesar, continuó, y, mientras autores como Morrison y May analizaban el fenómeno migratorio de lo que llamaron el período “posrevolucionario” guatemalteco (Morrison y May 1994), Coutin estudiaba las estrategias de legalización de los salvadoreños en aquel nuevo contexto (Coutin 1998), y Bailey y Hane ya advertían la ocurrencia de “migración circular” entre los centroamericanos (Bailey y Hane 1995). Para 1999 ya se refería con toda propiedad el transnacionalismo centroamericano, particularmente en el caso salvadoreño (Landolt et al. 1999). Los cambios operados en la situación política del TNC propiciaron trabajos de mayor profundidad en torno a las redes familiares y sociales de los migrantes, como los de Menjívar (Menjívar 2000), así como el análisis continuado de comunidades en crecimiento en los Estados Unidos. De esta forma, Fink refería comunidades mayas en el “nuevo new South” estadounidense (Fink 2003), mientras, del estudio de los migrantes centroamericanos en el marco de una coyuntura violenta, Hamilton y Stoltz pasaban a referir “ciudades globales” tomando el ejemplo de los salvadoreños y guatemaltecos en Los Ángeles (Hamilton and Stoltz 1991, 2001), y referían a salvadoreños, guatemaltecos y hondureños como “New Americans”. Para 2008, Hagan, Eschbach y Rodríguez hablaban de nuevos niveles de migración circular entre los centroamericanos (Hagan et al. 2008), y en 2006, Cecilia Menjívar refería una legalidad liminar de los salvadoreños y guatemaltecos que vivían en los Estados Unidos (Menjívar 2006).

que, el hecho de que la convivencia siempre tuviera lugar en contextos marcados por la desigualdad no es baladí, si se consideran en su análisis, entre otros, la distancia entre las posiciones de individuos o grupos a nivel material, las relaciones de poder, o su incidencia en el medioambiente (Costa 2019: 14). Efectivamente, la familia no vive en un *vacuum* social y cultural, sino que se halla en estrecha relación con un contexto específico y con las características del ambiente natural que influyen en la peculiaridad del núcleo mismo (Lagomarsino 2005: 339).

La pregunta es: ¿qué tanta incidencia tienen la inequidad y la convivencia en la base de fenómenos como la migración centroamericana moderna y cómo inciden en su configuración transnacional? La presente investigación tiene como propósito contribuir al conocimiento de la familia transnacional centroamericana, tomando estos conceptos para analizar los inicios de la era de migración masiva. Comprende las relaciones familiares como contexto de inequidad y convivencia, y, desde ahí, estudia la ocurrencia de la migración como una transición en las convivencias y el establecimiento de un nuevo escenario de convivencia e inequidad fuera del país de origen. En tal sentido, considera a la movilidad (social y geográfica) un concepto clave. En el análisis de este proceso vale hacer dos consideraciones. En primer lugar, el inicio de la migración masiva de 1970-1980 no involucró a los tres países del TNC en la misma medida. Fue iniciado por los salvadoreños, por causa de la represión, la persecución política y la guerra civil, así como por razones económicas. A ellos siguieron los guatemaltecos (mayas en gran número), motivados más que por la guerra civil, por la represión, que los condujo tanto a México como a los Estados Unidos. La migración hondureña masiva ocurrió más bien en la década de 1990 (Reichman 2011: 41) y mezcló razones económicas y ambientales, tales como el impacto del huracán Mitch. En segundo lugar, al tratarse de un período de tiempo muy corto, esta investigación solo puede referir la instalación o gestación de la familia transnacional y sus relaciones primigenias.

El fenómeno se analiza en dos partes. En la primera se exponen las características de la familia de la década de 1970, las relaciones de inequidad que le eran inherentes y que incitaron la migración. En la segunda se analizan las modificaciones familiares derivadas de la migración, que sentaron las bases de la nueva familia transnacional.

Para el primer caso, se ha recurrido principalmente a documentación de la Comisión Económica Para América Latina (CEPAL) y del Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE). Cualquier estudio sobre la familia reclama una aclaración conceptual. Aquí se tomará el concepto de familia con base en el enfoque de las fuentes de las décadas de 1970 y 1980, dado que se trata de la información más fiable que hay disponible. La familia latinoamericana era un sujeto relativamente poco estudiado en la década de 1960 y solo en la década siguiente comenzaron a ocurrir algunos cambios, si bien

referidos a lo demográfico, y, aun así, limitados (Comisión Económica para América Latina y el Caribe 1993: 23). La idea usada era la de hogares-unidades domésticas, por tenerse como el concepto más comprensivo (Oliveira y García 2018). Aquí se emplea este concepto.

Respecto del fenómeno migratorio, los antecedentes del desplazamiento centroamericano fueron rastreados en el U. S. Bureau of the Census y el U. S. Department of Justice, Immigration and Naturalization Service, de los Estados Unidos, así como en los censos de los países centroamericanos. Esta información es eventualmente limitada (ignora, por ejemplo, los datos de migrantes ilegales), por lo que ha sido de importante ayuda el trabajo de académicos que tratan directamente el fenómeno migratorio hacia los Estados Unidos y sus antecedentes. De esta forma, se recurre principalmente a los trabajos de Segundo Montes, Cecilia Menjívar, Norma Stoltz y Nora Hamilton, y Lucy Cohen (Montes 1987; Menjívar 2000; Stoltz y Hamilton 2007; Cohen 1979). El primero condujo el notable estudio *Salvadoreños refugiados en los Estados Unidos*. Menjívar, por su parte, realizó un importante trabajo de campo —de 1980 a 1991 y luego entre 1992 y 1994— con salvadoreños residentes en San Francisco (una destacada receptora de migrantes). Norma Stoltz y Nora Hamilton, por su parte, recogen, en *Seeking Community in a Global City. Guatemalans and Salvadorans in Los Angeles*, tres estudios, uno de 1987-1988, otro entre 1989-1990 y uno más, llevado a cabo en 1995, entre migrantes llegados en la década de 1980 a Estados Unidos. Lucy Cohen agrega valiosa información en un estudio antropológico hecho con latinos, principalmente centroamericanos, en Washington (otro de los destinos más notables de los migrantes del TNC), en 1979, titulado *Culture, Disease, and Stress among Latino Immigrants*. La contemporaneidad con la época de estudio fue un factor decisivo en la elección de estas fuentes, y, si bien varias de ellas tuvieron lugar en años posteriores, su información provenía del período de estudio.

Sobre todo en la segunda parte de la investigación han sido de particular ayuda trabajos como los de Beth Baker-Cristales, Carlos Córdova, Terry Repak y Sarah Mahler (Baker-Cristales 2004; Córdova 2005; Repak 1995; Mahler 1996). De manera referencial, vale mencionar los análisis de Leo Chávez, Esteban Flores y Marta López, Alejandro Portes y Mary C. Waters, Reed Ueda (Chávez et al. 1989; Portes 2000; Waters et al. 2007). El estudio de estas fuentes fue reforzado por el examen de teorías y conceptos relativos a las decisiones de migrar en general (Grasmuck y Pessar 1991), las de migrar durante un conflicto armado en particular (Bohra-Mishra y Massey 2011), también por el estudio de los patrones de asentamiento e incorporación (Hagan 1994; Massey et al. 1987), el transnacionalismo (Salazar Parreñas 2001; Morawska 2007), y el cuidado (Baldassar et al. 2007).

Como fenómenos presentes en ambos momentos del análisis, inequidad y convivialidad son tomadas de los estudios del Mecila. La inequidad se concibe aquí tanto en relación con las distancias entre grupos o individuos en términos de la posesión de bienes socialmente valiosos y de recursos de poder, como en nexos con las diferencias establecidas por la diversidad según lo define el Mecila (Mecila 2017: 1). La convivialidad, por su parte, es tomada en relación con las interacciones cotidianas en contextos caracterizados por la desigualdad y la diversidad (Mecila 2017: 8). La convivialidad tiene lugar en diversos espacios o contextos (Segura 2019: 7), y, al ser la familia una entidad que junta lazos de parentesco y formas de convivencia (Gonzalbo 2006: 240) atravesados por relaciones de desigualdad, género, edad y condición migratoria, esta unidad social se convierte en uno de ellos. La operatividad de contextos de convivialidad ha sido expuesta por Ramiro Segura en el marco de la ciudad, no solo como contenedora de varios de estos contextos específicos –barrios, instituciones, plazas, centros comerciales, incluso esquinas–, sino además como un “contexto de convivialidad” en sí, donde se juntan actores y grupos sociales diferentes y desiguales (Segura 2019: 7).

2. Inequidad y familia

Las inequidades han golpeado históricamente a las mayorías en el TNC. Por citar algunos ejemplos, solo en Guatemala, entre 1970 y 1984 la distribución del ingreso se concentraba en forma creciente en la quinta parte más acaudalada de la población, cuya proporción del ingreso nacional se elevó de 46,5% en 1970, a 50% en 1980, y a 56,8% en 1984 (Booth 1987: 93–115). En 1971, la proporción de campesinos sin tierra en El Salvador era de 41% (Booth 1987: 93–115). En 1973, el analfabetismo fue de 51,5% en Guatemala, 40,3% en El Salvador, y 47,5% en Honduras.

La migración de 1970-1980 tiene así un origen acumulativo que cobró auge en los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial, cuando el TNC inició una era de “modernización” basada primordialmente en la diversificación de la agricultura de exportación y en un desarrollo de la industria en Guatemala y El Salvador, principalmente (Córdova 2005). Pronto, la mayoría de estas áreas de interés desarrollador se convirtieron en áreas de expulsión de la población (Hamilton y Stoltz 1991: 86–87), y, como resultado, para la década de 1970 creció la cantidad de habitantes urbanos, y, con ello, disminuyeron las oportunidades laborales y se incrementaron las condiciones precarias de vida (Walter Franklin 2000: 413). Con la precariedad crecieron el alcoholismo, la violencia y el crimen, el empleo infantil y la prostitución (Ariza y Oliveira 2004b: 157). La pobreza en el campo también se profundizó. Las inequidades, en general, se incrementaron. El desarrollismo fue incapaz de absorber la creciente fuerza de trabajo, y los recién llegados tuvieron que recurrir a la economía

informal, que de 1961 a 1975 casi se triplicó en el caso salvadoreño (Menjívar 2000: 44). Las zonas de interés desarrollador fueron también rurales, y a ellas se trasladaron las inequidades. En Guatemala creció la especulación de la tierra en detrimento de la población indígena, principalmente en la que se llamó Franja Transversal del Norte, un área que comprendía el importante proyecto de conexión carretera y oleoducto al Océano Atlántico (Hamilton y Stoltz 2001: 28). Los efectos fueron críticos en el campo, donde cerca del 40% de la población económicamente activa se vio privada de un trabajo normal (equivalente a 240 jornadas-hombre por año). La deuda externa pública creció 35 veces entre 1960 y 1977, y en 1981 se calculaba que se había triplicado (Torres Rivas y Jiménez 1985: 34–44). En Honduras, el impacto industrializador fue menor (Euraque 1996: 64), pues el modelo desarrollista fue restringido para los países menos industrializados. Este fue el marco de la guerra entre El Salvador y Honduras, en 1969, en cuyo escenario el gobierno hondureño expulsó a cerca de 200 mil salvadoreños que habían migrado a aquel país.

Así como los desplazamientos como solución a las inequidades no eran algo nuevo, en la década de 1970 ya se reconocía a la familia como un sujeto expuesto e impactado por las inequidades del modelo económico latinoamericano. En ese contexto cobraron relevancia los conceptos de “estrategias de supervivencia” y “estrategias de vida” (Comisión Económica para América Latina y el Caribe 1993), que vinculaban los fenómenos macroeconómicos con los microeconómicos de las familias, las cuales adoptaban, en su pobreza, estrategias encaminadas a sobrellevar los primeros. En efecto, la inequidad en la familia establece una estrecha relación entre aspectos socioeconómicos y demográficos con la organización de la reproducción cotidiana (la obtención de recursos mediante la participación de los integrantes de la familia en la actividad económica y la producción de bienes y servicios) (Ariza y Oliveira 2004a: 28). Pero, además, la familia es tanto un ámbito del ejercicio de derechos individuales como un espacio en el que interactúan miembros de poder desigual y asimétrico, y en el que se desarrollan combinaciones de las desigualdades de género, etnia, clases, trayectorias de vida y de ingresos y exclusión propias de las sociedades latinoamericanas (Arriagada 2017). Estas relaciones se encuentran cimentadas históricamente por la ideología oficial, la sociedad y la comunidad emocional (Castellón Osegueda 2019), lo que hace que la inequidad se circunscriba tanto a la desigualdad centrada en las distancias entre grupos o individuos en relación con la posesión de bienes socialmente valiosos y recursos de poder, como a la diversidad expresada en términos de género, cultura, etnia, etc. (Mecila 2017: 1) que propicia la convivialidad ¿Cómo se expresaba esta relación en la familia centroamericana de la década de 1970?

En primer término se advertía el predominio del poder patriarcal y la subordinación a la figura masculina, asuntos que han trasladado históricamente la inequidad de género a la familia, principalmente en los sectores populares (García y Oliveira 2006). Una ampliación del rol de la mujer tuvo lugar en el período desarrollista y los arreglos familiares en términos de jerarquía, poder y afectividad desafiaron el estereotipo del hombre como proveedor único (Comisión Económica para América Latina y el Caribe 1993: 31). Sin embargo, esta circunstancia introdujo conflictos y violencia intrafamiliar.

En otro sentido, inequidades sociales y de género se expresaban en la maternidad temprana y la recurrencia de las uniones consensuales (no matrimoniales), sobre todo en los grupos menos favorecidos. El crecimiento demográfico, que colocó a América Latina en el primer lugar del mundo con relación a la tasa de crecimiento promedio anual (hasta siete hijos por mujer), se contuvo durante la segunda mitad de la década de 1960 (Comisión Económica para América Latina y el Caribe 1993: 35–36). Sin embargo, el número de nacimientos había aumentado debido a que el incremento poblacional que rondó la década de 1950 amplió las fronteras de la joven estructura de edades de la población. Eso incrementó la unión relativamente temprana de las parejas. En Centroamérica, en las décadas de 1950 y 1960, la edad promedio de las madres registró el extremo más bajo (18 a 21 años). Pero en 1993, entre las mujeres de 15 a 19 años se observaron tasas alarmantes de fecundidad superiores a 100 por 1,000 en Honduras, El Salvador y Guatemala (Comisión Económica para América Latina y el Caribe 1993: 28–39).

Apresurar la convivialidad familiar pudo ser resultado de una medida biológica automática de supervivencia, como pudo ocurrir ya en la era colonial centroamericana (Castellón Osegueda 2019). En 1975, la esperanza de vida al nacer era de 52,9 años en Guatemala; 57,8 en El Salvador y 53,4 en Honduras (Comisión Económica para América Latina y el Caribe 1976: 87–99). Solo en 1992 alcanzó cerca de 64,5 años, en conjunto (Laure 1997: 14). Es posible especular que la poca esperanza de vida al nacer procuró ser compensada con una optimización de los años fértiles (Castellón Osegueda 2019). Sería inapropiado hacer juicios sobre la conciencia o no de las consecuencias de este proceder, considerando el apremio de la supervivencia. El establecimiento prematuro de un grupo familiar tuvo consecuencias diversas en la convivialidad; la unión e hijos tempranos precipitó las funciones biológicas y psicológicas de la pareja y endureció las posibilidades de subsistencia (Comisión Económica para América Latina y el Caribe 1993: 28). Cuando la unión sexual condujo a una familia, las posibilidades de separación se incrementaron, y, cuando no hubo unión, se generaron familias inacabadas desde su origen. Tener hijos en edades tempranas, por otro lado, alejó la posibilidad de atenciones y afectos sólidos a los hijos e incrementó la ilegitimidad (Comisión Económica para América Latina y el Caribe

1993: 30). En la mayoría de los casos, se hundió a la mujer en el hogar como efecto del ejercicio patriarcal y se favoreció la desvalorización moral y laboral de la mujer, que en muchos casos se vio empujada al subempleo o a empleos de menor categoría (Comisión Económica para América Latina y el Caribe 1993: 31). El reconocimiento del rol de la mujer como cabeza de hogar tuvo la desventaja de hacerla asumir sola una enorme responsabilidad. Para 1978, el 39,5 por ciento de los hogares de San Salvador estaban encabezados por mujeres.

Lo anterior se agravó con la recurrencia de las uniones consensuales, otra constante histórica en los países del TNC (Castellón Osegueda 2019: 80–81). Entre 1950, 1955 y 1960, las uniones consensuales eran de 46,7% en Guatemala, 43,9% en Honduras, y 41,3% en El Salvador. Con el tiempo, los matrimonios crecieron, pero las uniones consensuales continuaron siendo significativas. De acuerdo con la CEPAL, las uniones consensuales parecían obedecer, fundamentalmente, a la precariedad económica de las condiciones de vida de la población (Comisión Económica para América Latina y el Caribe 1993: 32). De lo anterior se deduce que la convivialidad fuera de las convenciones debe tomarse como otro efecto de la inequidad económica, aunque también trasladara inequidades hacia dentro de los núcleos familiares formados. Mientras el modelo patriarcal y el machismo fomentaban la paternidad irresponsable, la baja formación profesional de las mujeres y el peso de la idea de ser incapaces para mantenerse solas hacían que muchas vieran en el matrimonio o la unión consensual una forma de asegurarse apoyo sin plantear demasiadas exigencias a sus compañeros (Comisión Económica para América Latina y el Caribe 1993: 33).

De lo anterior se deduce que la convivencia no deseada es también una opción para sobrevivir. En Centroamérica, el inicio temprano de las uniones fue casi inherente a las uniones consensuales, así como los embarazos precoces y los hijos derivados, los núcleos familiares inacabados, ampliados por causa de la vuelta de la madre soltera al núcleo de sus padres o por la pluripaternidad. Las consecuencias de acelerar la convivencia en pareja para sobrevivir, en cualquier caso, pueden ser brutales. De El Salvador, en 1965, se decía que el número de hijos no legítimos era “francamente abrumador”, pues fluctuaba entre el 70% y 75% (Naciones Unidas 1965: 24).

Aunque aquí ya se ha hecho referencia a la familia, la claridad sobre su estructura y tipología en la caracterización del grupo familiar centroamericano de la década de 1970 amerita particular atención. En fechas relativamente cercanas como 1993, se confesaba que aún se sabía poco acerca de la composición de los hogares en la mayoría de los países de América Latina. Se exponía que durante la década de 1970 se había mantenido la tendencia del decenio anterior, en que predominaba la familia nuclear (Comisión Económica para América Latina y el Caribe 1993: 23). En 1970, el número medio de integrantes por hogar en El Salvador era de 5,6; en 1964 en

Guatemala era de 5,2, y en 1961 en Honduras era de 5,7% (Comisión Económica para América Latina y el Caribe 1983: 49). Pero, así como existía la familia nuclear, también había “familias extendidas” o “extensas”, que reunían parientes, y “familias compuestas”, que incluían a quienes no lo eran. Se reconocía además a la familia “monoparental”, formada por un progenitor con sus hijos o hijas, un tipo de familia que –se decía– “es una realidad significativa de la región, que tal vez se incremente en el futuro, al igual que en los países industrializados, debido a la creciente inestabilidad de las uniones”. También a la sombra de esta realidad se incluía al hogar “unipersonal”, constituido por personas viviendo solas (Comisión Económica para América Latina y el Caribe 1993: 19).

La anterior no era una situación exclusiva de Centroamérica. Entre 1975 y 1977, el 25 y 36% de los hogares latinoamericanos eran ampliados (con uno o más miembros de diversos núcleos familiares) (Vos 1987: 509). Para Vos, la composición del hogar, en cualquier momento del tiempo, es el resultado de determinadas condiciones socioeconómicas, la disponibilidad de parientes con los cuales cohabitar y las normas de formación de un hogar. Esto conduce a pensar que, ante la necesidad de sobrevivir, la familia ordena estas circunstancias por prioridades, en las que tanto la desatención a la forma familiar, como la necesidad de convivencia no lo son. Vos confirmó que, a pesar de su predominancia, el modelo nuclear no era el más adecuado para estudiar a la familia latinoamericana de la época, y reafirmó el importante rol de la familia extendida para la supervivencia frente a la inequidad (Comisión Económica para América Latina y el Caribe 1993: 190–203; Argüello 1981; Torrado 1981). Aunque quisieran mantener, con cierto nivel de vida, el hábitat convivencial separado, vivir en una familia extensa se revela como „una estrategia de supervivencia de los pobres“ (Vos 1987: 517).

Si se considera la relevancia de las familias ampliadas frente a las nucleares, y si se reconoce en las primeras los fragmentos de diversas familias, se puede deducir que la desintegración, como efecto de la inequidad que rodeaba a la familia era un fenómeno notable en América Latina en la década de 1970. En El Salvador, para el caso, “el problema de la desintegración familiar ya era bastante profundo y grave antes de que iniciara la migración masiva” (Montes 1987: 131).

Finalmente, en la caracterización familiar cabe considerar la incidencia de los ciclos de vida de los integrantes (Ullmann et al. 2014: 11). Las inequidades pueden afectar a todos ellos, en mayor o menor medida, pero también puede haber diferencias relativas a las capacidades de cada uno para asumir determinados desafíos o para subordinarse a determinadas decisiones de los miembros mayores o más fuertes. La inequidad externa puede provocar que el grupo familiar sacrifique a los más débiles como resultado de la presión de factores incluso institucionalizados. En Centroamérica,

por ejemplo, aún en la actualidad el año escolar termina en noviembre, justo al inicio de “la corta” de café, que aprovecha hasta los brazos infantiles.

¿En qué momento la presión externa llega a ser tan fuerte como para provocar la desintegración del grupo familiar a través de la migración? Debe comenzar por decirse que la migración se encuentra, sin duda, fuertemente ligada a las estructuras de inequidad social global (Sheller y Urry 2006; Salazar y Smart 2011; Glick-Schiller y Salazar 2013). La búsqueda de la movilidad social ascendente es explicable ante las inequidades y la posibilidad de conseguirlo con el desplazamiento geográfico es un recurso humano ya en principio, natural (Castellón Osegueda 2019). En Centroamérica, cada fase de crecimiento macroeconómico se caracterizó por el continuo desplazamiento de personas de sus medios tradicionales de subsistencia, en procura de una compensación adecuada a sus necesidades de bienestar (Menjívar 2000: 45). La diversidad en cantidad y calidad de estos movimientos comprendió históricamente los desplazamientos a las áreas productivas, la ciudad, otros países centroamericanos e incluso los Estados Unidos. Pero las razones para la movilidad comenzaron a transformarse en la segunda mitad del siglo XX.

En la década de 1960, las clases dominantes se aferraron a sus privilegios y obtuvieron notables beneficios en una asociación creciente con el capital estadounidense, que fluyó con generosidad durante esos años. Los ejércitos y cuerpos policiales fueron rearmados y modernizados. La vigilancia del poder mediante la represión fue la norma (Pérez Brignoli 1990: 147), el discurso anticomunista de la Guerra fría cobró vigor y se sumó al interés de los Estados Unidos por “resguardar” esta región, a la que consideraban su patio trasero. A finales de la década de 1970, los partidos políticos no constituían en El Salvador y Guatemala un terreno donde se pudiera generar consenso y legitimidad, y las organizaciones populares los reemplazaron. Los trabajadores, los pobres urbanos, profesionales, estudiantes y campesinos se organizaron para presionar por justicia y participación democrática. La guerrilla ganó fuerza en ambos países, y el gobierno utilizó cada vez más a los militares para responder a las demandas sociales (Menjívar 2000: 49). Mientras tanto, el triunfo de la Revolución Sandinista en Nicaragua fue aliciente para los movimientos revolucionarios de El Salvador y Guatemala.

Por causa de la violencia que se gestaba, se comenzaron a producir movimientos migratorios cada vez más numerosos, sobre todo a nivel local, hacia áreas menos conflictivas o hacia las ciudades, pero, también, hacia los países vecinos. Mientras las guerras civiles ocasionaban serios estragos en El Salvador y Guatemala, Honduras, aún enfrascada en sus migraciones internas, se convirtió en receptora de migrantes, al tiempo que operaba como base del proyecto de contrainsurgencia estadounidense, que apoyaba tanto a la contrarrevolución nicaragüense como a los ejércitos de El

Salvador y Guatemala. La migración numerosa desde Honduras a los Estados Unidos no comenzó en realidad sino hasta la década de 1990 (Reichman 2011: 41; Blanchard et al. 2011: 63).

En 1979, Lucy Cohen indicaba que la mayoría de los inmigrantes residentes en Washington había llegado con el propósito de mejorar sus condiciones de vida, por el deseo de encontrarse con familiares y amigos o para trabajar en empleos específicamente preseleccionados. Una cantidad menor había llegado por razones diversas, como la ambición de su vida, tomar un curso o estudios, o porque un matrimonio o negocio anterior había fracasado. Un 66% había llegado porque tenía parientes o amigos ahí. El 23,7% había llegado con permisos de trabajo, el 10,0% bajo condiciones diversas (Cohen 1979: 64–65). Para 1980, no solo los hombres salvadoreños y guatemaltecos comenzaron a superar en número a las mujeres (cuya población declinó en 48,4% para el caso de los salvadoreños y 49% para los guatemaltecos) (Stoltz y Hamilton 2007: 330), también las razones para migrar cambiaron. Los nuevos migrantes viajaban “por la fuerza”, “por el miedo a la persecución” y por las “duras condiciones económicas” (Menjívar 2000: 55).

La composición de clase de los migrantes (e incluso los grupos étnicos), las condiciones y las edades también cambiaron. Los desplazados internos y los que huyeron a Honduras y México (sobre todo salvadoreños y guatemaltecos) provenían de los sectores más desfavorecidos de la población, y su situación había empeorado con la guerra. Estos fueron ubicados principalmente en refugios. Los migrantes a los Estados Unidos fueron más diversos e incluyeron a la clase trabajadora urbana, media-baja y media, quienes tradicionalmente no tendían a migrar. Para mediados de la década de 1980, de acuerdo a Segundo Montes, aproximadamente el 50% de los salvadoreños en los Estados Unidos provenía de áreas urbanas de El Salvador (Montes 1987). Muchos eran jóvenes huyendo de la persecución política o del reclutamiento forzoso (Hamilton y Stoltz 2001: 47). La mayoría carecía de los medios económicos para obtener una visa, y, en muchos casos, el cruce ilegal por la frontera resultaba difícil, caro, traumático o fatal (Stoltz y Hamilton 2007: 330). La ilegalidad impidió un registro preciso de su número. Como sea, la década de 1980 rompió por completo con el patrón de las décadas anteriores, como se puede apreciar en la Tabla 1.

TABLA 1. Centroamericanos en los Estados Unidos por país de origen, 1960–2000

	2000	1990	1980	1970	1960
El Salvador	817.336	465.433	94.447	15.717	6.310
Guatemala	480.665	225.739	63.073	17.356	5.381
Honduras	282,852	108.923	39.154	19.118	6.503

Fuente: Elaboración propia con base en Gibson y Jung (2006). Los datos de la década de 1970 difieren de los de CELADE (Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía 1977), que asignan a Honduras 27.978 personas en 1970.

Si hasta 1970-1980 había sido posible convivir con las inequidades o migrar local o regionalmente como solución, la guerra y la represión tuvieron un poderoso efecto de expulsión. Para muchos, no hubo más remedio que abandonar las convivialidades familiares y poner a prueba la capacidad de las mismas o de sus integrantes de amoldarse o formarse en nuevos contextos.

3. Nuevas convivialidades e inequidades

“Si no hay un principio de igualdad –diría Alain Touraine en 2002– la diferencia se convierte en un conflicto entre enemigos y los adversarios se matan entre sí” (Touraine [2000] 2002: 217). Cuando los intercambios se vuelven imposibles y la condición de la alteridad se pervierte en interés por transformar al “otro” –al cual se considera un impedimento y amenaza– en una presa o botín es cuando las “hostilidades primarias del hombre tratan insistentemente de destruir la socio-cultura” (Touraine [2000] 2002: 241). Al extremarse las hostilidades y hacerse imposible la mediación, se produce el desplazamiento del otro, el más vulnerable, por proveerse de un contexto de convivialidad más favorable, aunque esto conlleve, casi irremediabilmente, nuevas inequidades. De cualquier forma, la convivialidad implica una tensión implícita o explícita, que viene de la necesidad de conjuntar diferentes intereses y condiciones sociales, porque las sociedades complejas no son igualitarias ni homogéneas (Castro Gutiérrez 2018: 1).

De resultados de un proceso tan accidentado como cada vez más masivo, los arreglos que debía hacer una familia para migrar eran diversos. El lapso estudiado es demasiado extenso como para apreciar por completo esos ajustes, pero interesa aquí enunciar al menos dos momentos.

3.1 El proceso de arribo

Entre finales de 1970 e inicios de 1980, numerosos centroamericanos fueron formando nuevos contextos de convivencia en las ciudades estadounidenses de San Francisco, Los Ángeles, Houston, Nueva York, Nueva Jersey, Nueva Orleans y Washington DC o Chicago (Córdova 2005: 64). Los guatemaltecos (sobre todo, indígenas), algunos procedentes de México, se establecieron principalmente en Los Ángeles (Hamilton y Stoltz 2001: 29). A ese Estado siguieron en orden Nueva York, Chicago y partes de Florida (Stoltz y Hamilton 2007: 330). Por su parte, para inicios de 1980, California ya se perfilaba como el Estado con más inmigrantes salvadoreños (71,4%) y guatemaltecos (56,8%) en los Estados Unidos. A lo largo de la década de 1980, los contextos se ampliaron: la población centroamericana en los Estados Unidos rebasó las radicaciones de los primeros años de la migración masiva y se expandió por el territorio. Por regla general, los migrantes tuvieron por destino lugares donde ya había connacionales radicados o donde hubiera oportunidades laborales (Stoltz y Hamilton 2007: 329). Esta ha sido casi una constante en la migración, presente y pasada, como ocurrió con la migración italiana a Argentina (Lagomarsino 2005), y, más recientemente, con las migraciones de latinoamericanos y africanos hacia Europa (Caarls y Mazzucato 2016). Los lugares de destino constituyen referentes de seguridad: casas de familiares, amigos y, en situaciones específicas, amigos de instituciones o las instituciones mismas.

Durante esta fase hubo fluidez y flexibilidad en las familias (Cohen 1979: 96), si bien la mayoría no se movió como un grupo, y los caminos fueron, usualmente, iniciados por miembros individuales de las mismas (Sánchez Molina 2004: 264). El integrante de la familia llegado procuró traer a otros integrantes de la familia o amigos a su área de radicación. Esta migración en “cadena” de miembros individuales de la familia ha sido registrada notablemente, por ejemplo, en la historia de la inmigración a los Estados Unidos (Cohen 1979: 66), en casos como el dominicano (Grasmuck y Pessar 1991), y de otros países de América Latina. El fenómeno sigue ocurriendo y se ha extendido a la migración de centroamericanos a España (Araujo y Pedone 2014).

La estrategia de encadenamiento suele conllevar el acuerdo implícito por mantener con vida la familia original, pero, a juzgar por la experiencia centroamericana, prolongar el legado convivencial familiar no fue algo sencillo. El propósito dependía de la posibilidad de que el primer eslabón de la cadena se estableciera y reuniera las condiciones mínimas para traer a los demás. Este período puede tenerse como de “convivialidades transitorias”, pues prevalece la inestabilidad. Las convivialidades pueden ser tanto de carácter externo como interno.

La situación de inestabilidad de los inmigrantes en este período puede agravarse por razones usualmente asociadas a la legalidad. La mayoría de los centroamericanos

recién llegados no fueron reconocidos como refugiados por el gobierno estadounidense; a muy pocos les fue concedido el asilo, por lo que se mantuvieron indocumentados durante la década de 1980 y vivieron en constante miedo de las autoridades de migración y del servicio de naturalización (Hamilton y Stoltz 2001: 52). De esta forma, nuevas inequidades se pueden manifestar a las puertas de las nuevas convivialidades. Marginalidad y persecución pueden limitar seriamente los nuevos contextos convivenciales externos y limitar, para el caso, las posibilidades de movilidad social (Hamilton y Stoltz 2001: 52–57).

Esta etapa es una prueba de resistencia de los lazos de solidaridad asociados a convivencias “lógicas”, si se tiene por criterio la pertenencia, por ejemplo, a un país. En los países centroamericanos, la necesidad de colocación laboral condujo, casi lógicamente, a los compatriotas ya establecidos. Pero la actitud de estos fue predominantemente apática o negativa: la red transnacional más antigua se mostró débil y hasta indiferente a la nueva ola migrante. Los mecanismos de encuentro de nichos laborales vinieron más bien de los contactos proporcionados por redes de apoyo de otros latinos establecidos (Menjívar 2000: 142) o de los migrantes de la misma generación, mejor instalados. En Florida, por ejemplo, los guatemaltecos se agruparon poco a poco a razón de sus grupos étnicos y hasta pueblos, algo que derivó en relaciones de solidaridad más estrechas (Hamilton y Stoltz 2001: 52–57). La convivencia aparece cada vez más en el contexto de las preocupaciones normativas sobre cómo hacer que los espacios sean más positivamente interactivos, o, por el contrario, sobre cómo los espacios pueden hacerse más convivenciales a través de las prácticas y rutinas cotidianas de las personas que los habitan (Nowicka y Vertovec 2014: 342). El caso centroamericano prueba que las desavenencias que entraña la convivialidad pueden ser relativas y decantarse a relaciones positivas en dependencia de los factores de reciprocidad.

Las dificultades y la decepción que imponen las convivencias externas pueden y deben ser superadas, sobre todo para los migrantes de menores recursos o para quienes el regreso constituye una amenaza directa a sus vidas. Según Cecilia Menjívar, esto fue posible para los migrantes centroamericanos precisamente por establecer vínculos positivos con familiares, vecinos, compatriotas, otros latinos y miembros de su comunidad inmediata, a pesar de los escasos recursos y de que no contaban con una infraestructura formal de reasentamiento y organizaciones comunitarias. Para Menjívar, esto probó la relevancia de los lazos informales de apoyo, que operaron como el único refugio social disponible para los inmigrantes. La condición marginal legal pudo incidir positivamente en la estrategia de encadenamiento y apoyo, al menos hasta el momento. De la experiencia migrante centroamericana, Menjívar sostiene que, con frecuencia, las redes de apoyo pueden cambiar de composición en el tiempo,

e incluso ser reemplazadas cuando surgen otras necesidades (Menjívar 2000: 135–136). La evolución del fenómeno supera los límites temporales de este artículo.

Respecto de la convivencia interna, la incapacidad de los recién llegados para conseguir trabajos estables –que ayudaran tanto al propio sustento como a pagar las deudas que había implicado su viaje (el dinero era provisto con frecuencia por los familiares receptores que por lo general lo necesitaban desesperadamente), y a aportar a su nuevo contexto de convivialidad familiar– derivó en una prolongación en el tiempo de las formas familiares de convivencia del arribo. La ayuda de amigos o parientes, particularmente en alojamiento, solía ser temporal y a veces solo producto de un compromiso, sobre todo, si, como en el caso de los centroamericanos, quien hospedaba era alguien ajeno a las dificultades de escapar de la violencia de la guerra o la persecución política (Hamilton y Stoltz 2001: 51). La precariedad de los receptores a menudo contribuía a un debilitamiento del vínculo entre familiares (Menjívar 2000: 130–132).

La forma de convivencia familiar a que condujo la instalación fue predominantemente la convivencia ampliada. Al fragmentar los espacios residenciales, la migración contribuye de manera directa a la pérdida de importancia de la coresidencia como criterio de pertenencia a los hogares o unidades domésticas (Guarnizo 1997; Popkin et al. 2000). Si bien con el tiempo las cosas cambiaron, el primigenio –y nuevo– hogar ampliado se formó en gran medida con individuos, madres solas y sus hijos, más otros parientes. En Los Ángeles, por ejemplo, las familias centroamericanas a menudo se duplicaron compartiendo un mismo apartamento de dos habitaciones así como los fondos para el alquiler, la comida y los servicios públicos (Hamilton y Stoltz 2001: 62). En Washington, en 1979, los hombres y mujeres solteros sin hijos no vivían solos, sino en casas con parientes, empleadores, familias sin parentesco o incluso en un convento o seminario. Pero género y número también incidían en las convivialidades. La mayoría de los hombres solteros vivían con sus madres o hermanos; las mujeres solteras, con personas no relacionadas, como caseras, empleadores, amigas o en un convento. Las madres podían ser mujeres solteras, separadas, divorciadas o viudas (Cohen 1979: 96). Los grupos de hombres, unidos o no parentalmente (o mezclados), viviendo en un mismo hogar fueron un fenómeno que creció con el avance de la década de 1980.

Ante las nuevas circunstancias, la convivencia ampliada, tal como ocurría en el entorno de inequidad de Centroamérica, se reproducía, aunque con cambios notables en su composición. La relevancia de ese cambio puede ser relativa. De acuerdo con Nowicka y Vertovec, la convivencia es importante más allá de la forma en que enfatiza la dimensión “con” de la existencia (Nowicka y Vertovec 2014: 342). Estos autores exponen que la convivencialidad es particular y contextual y no universal, y

solo es posible en relación con las normas sociales que definen lo que es “normal” y “apropiado”. Así, mientras puede ocurrir una tensión entre el marco normativo y las prácticas de la convivencia, también existe la posibilidad de tensión entre la aspiración y la práctica de la convivencia, y, para el caso, los discursos multiculturales. La convivencia y el conflicto están muy cerca el uno del otro y en cualquier caso son parte de una interacción convivencial.

Mientras convivencias externas e internas se mostraban hostiles a la reunión del grupo familiar, la separación continuaba exponiendo a la pareja de esposos o compañeros a una ruptura, deseada o no. Pero la ruptura, según Montes, no era algo exclusivo de la migración, sino también una suerte de pauta sociocultural. En la migración de 1970-1980, la situación de alguna manera se salvó por el hecho de que los migrantes eran relativamente jóvenes, y en pocos casos se trataba de esposos o compañeros de vida (Montes 1987: 131). Casi la mitad de los migrantes salvadoreños eran solteros y casi ocho de cada diez no habían dejado hijos antes de irse. Eso no sucedía con los casados, pues al menos la mitad de ellos había dejado hijos en El Salvador (Montes 1987: 131–134).

3.2 La radicación

Es difícil determinar en qué momento el proceso dio paso a la estabilidad. Cada vez más inmigrantes continuaron alterando las cifras de presencia en diversos destinos, así como se diversificaron los mismos a lo largo de la década de 1980. De esta manera, la relativa estabilidad de las relaciones convivenciales fue paulatina y se expresó de diversas maneras. Los escenarios espaciales de los encuentros convivenciales, como los ha llamado Nowicka y Vertovec, que permiten que “temas compartidos” se encuentren, y que son reflejo del desarrollo de las redes de apoyo mutuo (Nowicka y Vertovec 2014: 346) son un ejemplo. Para el caso, poco a poco los migrantes centroamericanos engrosaron la asistencia a las iglesias o incrementaron su participación política y en programas de ayuda comunitaria, sobre todo aquellos que fueron llegando empujados por la situación de violencia de sus países. Organizaciones como CARECEN y el movimiento Santuario llegaron a cobrar una importante presencia y se convirtieron en bastiones de asistencia y sociabilidad, lucha por los derechos de los migrantes y solidaridad con las protestas sociales y contra la intervención de los Estados Unidos en Centroamérica. Estos encuentros en espacios convivenciales operan como pegamento de las nuevas relaciones convivenciales. Por supuesto, también pueden convertirse en rubros de beneficio económico. En el caso centroamericano, durante toda la década de 1980, se abrieron numerosos restaurantes, tiendas y periódicos (Hamilton y Stoltz 2001: 67). Estos contextos desarrollaron “convivialidades jerárquicas”, un concepto aplicado por Segura al control de relaciones laborales, de beneficencia y asistencia

(Segura 2019: 7), lo cual complejizó los espacios de convivencia. Este fue otro reflejo de la estabilidad.

Por otro lado, la estabilidad convivencial puede denotar la aceptación de las nuevas inequidades. En el ámbito laboral, conserjerías, servicio doméstico o venta ambulante fueron los espacios laborales que encontraron y ocuparon más frecuentemente los centroamericanos, y se estima que a finales de la década de 1980 solo en Los Ángeles había alrededor de 2.000 o 3.000 vendedores callejeros (Hamilton y Stoltz 2001: 96). Otro ámbito laboral fue el sector manufacturero y de servicios de bajos salarios. Como muchos ganaban poco, debieron buscar dos empleos o más. De acuerdo al censo de 1990 (no hay datos anteriores de este rubro) entre familias trabajadoras, el 64,4% de salvadoreños y el 63,5% de guatemaltecos no nacidos en los Estados Unidos tenía dos o más trabajos, comparado con el 58,9% dentro de la población estadounidense en su conjunto (Hamilton y Stoltz 2001: 104). Estos sacrificios de los migrantes tuvieron un propósito que fue creciendo con el tiempo: sobrevivir, pero, además, ayudar o “traer” a quienes “se habían quedado”. Los canales de envío de esta ayuda fueron las oficinas de envíos expresos que poco a poco los mismos salvadoreños, guatemaltecos y otros centroamericanos habían comenzado a instalar (Hamilton y Stoltz 2001: 67), al reparar en el beneficio que podía obtenerse de esta otra esfera de las relaciones convivenciales.

Lo anterior ayuda a comprender que si bien en el estudio del proceso de asentamiento es útil estudiar las convivencias separándolas entre internas y externas, en la radicación cobran relevancia las nuevas dinámicas familiares, que vinculan fuertemente las convivencias de los países de origen y de llegada (Lagomarsino 2005: 338). Esto hace de la radicación un período regido más bien por la asimilación y el transnacionalismo (Morawska 2007: 158–159).

La asimilación se entiende aquí como un proceso de trayectorias múltiples y dependiente del contexto que implica la incorporación de los inmigrantes y sus descendientes en las instituciones económicas, políticas y sociales, y en la cultura de los diferentes segmentos de la sociedad de acogida. El transnacionalismo se refiere a una combinación de membresías cívicas y políticas plurales, participación económica, redes sociales e identidades culturales que atraviesan y vinculan a personas e instituciones en dos o más estados-nación, en patrones diversos y múltiples capas (Morawska 2007: 158–159). Ambos fenómenos operan de manera distinta en las generaciones de migrantes. Para el caso, la asimilación se hace más central en la vida de la segunda generación que en la de sus padres inmigrantes.

Si bien en el caso centroamericano del hito 1970-1980 se puede advertir la asimilación como el desafío imperante, es imposible obviar el peso desde la instalación del

transnacionalismo. Dejada atrás la convivencia no deseada, la migración no solo implicó nuevas convivencias en el lugar de radicación, también confrontó a los migrantes y sus familiares no migrantes con maneras de salvar y expresar el afecto y organizar el cuidado. La migración opera en la familia “cambios en las formas de entender (y ejercer) el ser padres, madres, abuelos/as, hijos/as, nietos/as en un contexto migratorio transnacional” (Araujo y Pedone 2014: 6).

Siguiendo la estrategia de encadenamiento, lo usual era que la pareja arribara luego y lo mismo ocurría con los hijos. Se consideraba que la separación de los hijos era una fase necesaria debido a la pobreza, o se concebía el reencuentro solo con niños mayores que pudieran apoyar como fuerza de trabajo (Cohen 1979: 90–94). Pero en la reunificación repercutió el efecto de los años de separación y los cambios en los roles de los dispensadores de cuidado. De acuerdo con Menjívar, con frecuencia los reunidos tenían pocas cosas en común para compartir como “familia”, de manera que las obligaciones que implicaba y que se esperaban de las relaciones eran difíciles de sustentar. Las relaciones entre generaciones también se ven afectadas cuando las familias se han visto expuestas a experiencias divergentes, o cuando afloran las divergencias ideológicas entre los miembros de la familia. Esto ocurrió en el caso centroamericano, en que los conflictos derivaron de la participación de algunos en actividades de organizaciones religiosas o políticas (Menjívar 2000: 136). Estas fisuras pueden, eventualmente, ser superadas por los afectos, pero el hecho denota cómo la capacidad de reconstrucción de las convivencias familiares es proporcional a la capacidad de los integrantes de enfrentar las dinámicas de ruptura.

El desafío puede ser mayor cuando se intenta iniciar una nueva familia, pues se debe comenzar por romper los lazos existentes con la antigua pareja cuando la hay, algo difícil si se tienen hijos en el país de origen. Solo en el caso salvadoreño, Montes confirma que el 53% de los emigrados tenía hijos en los Estados Unidos en 1986, tanto procedentes de El Salvador como nacidos en los Estados Unidos. Los nuevos entornos pueden de esta manera originar nuevas familias pluriparentales, una práctica que hasta entonces no había sido usual en el contexto familiar de origen de los centroamericanos migrados. La situación puede ser más complicada si se considera la inevitable posibilidad de iniciar una relación con un miembro del nuevo entorno cultural. Vale comenzar por decir que esta es una oportunidad potencial de movilidad social (Menjívar 2000: 137). Casarse con un ciudadano estadounidense implicaba obtener la ciudadanía, y, para quienes tenían hijos en Centroamérica, esta fue la oportunidad para “pedir” a los hijos y traerlos gracias al beneficio de la legalidad. Para la época, no hay datos sobre los cónyuges de los inmigrantes, aunque se sabe que fueron en varios casos otros latinos ya establecidos.

Según la CEPAL, en la década de 1970, América Latina, con diferencias y heterogeneidades, avanzaba hacia la familia nuclear, como patrón real e ideal (Comisión Económica para América Latina y el Caribe 1993: 27). El establecimiento de una familia (reconstruida, iniciada desde cero) puede ser un deseo buscado o consensuado, pero también puede implicar desavenencias, derivadas de las relaciones interdependientes marcadamente asimétricas que ya la propia familia alberga. Por otro lado, del intento de reproducir el modelo de familia inherente a la cultura original en el nuevo contexto de convivialidad, ¿cómo se reproduce el patrón original en la asimilación? En principio, se muestra resistente, a pesar de que las circunstancias en que se produce el cambio de convivialidades pueden introducir variables. Como en la sociedad de origen, el primer aspecto a notar es el rol del elemento masculino. En el caso de los salvadoreños, la mayoría de migrados solteros fueron mujeres y no hombres. Sin embargo, eran más los varones que habían dejado hijos que las mujeres, y había más mujeres en los Estados Unidos con hijos viviendo con ellas. En la transición a las nuevas convivialidades, el peso del patrón patriarcal puede expresarse no solo por la mayor unión e identidad de la madre con sus hijos –por el hecho de que la maternidad es inocultable fácilmente, o porque la paternidad suele ser más clandestina si no reclama un vínculo legal–, sino también por ser inherente a la cultura, como ocurrió con las centroamericanas (Montes 1987; Baró 1980; Cumes 2019; Euraque 1996). La resistencia del patrón se expresó en que el inmigrante varón que había dirigido a su familia dejó normalmente a los niños pequeños con su compañera. Como en la década de 1970 en Centroamérica, la migración fortaleció el patrón de hogares encabezados por mujeres, pero principalmente debido al abandono (voluntario o involuntario) en que estas se vieron insertas (Menjívar 2000: 54).

De la información de la época se infiere que las “convivialidades jerárquicas”, expuestas por Segura (Segura 2019: 7), fueron buscadas y seguidas en los nuevos arreglos familiares. Menos se sabe de las uniones y la maternidad tempranas, así como de la recurrencia de las uniones consensuales y de la ilegitimidad, pues no figuran en los estudios de la época. De las familias ampliadas, se sabe que la práctica de los años de instalación fue continuada en los años posteriores, de manera que los hogares ampliados operaron, como en Centroamérica, como recurso de supervivencia, si bien no hay datos cuantitativos. La falta de información no debe extrañar. En el hito 1970-1980 las circunstancias cambiantes fueron la norma. Parientes llegaban luego de unos años y las fases del ciclo vital que exigían readaptación crearon realineamientos de los parientes (Cohen 1979: 87). En general, a medida que se reconstituyeron, los conjuntos familiares operaron como estructuras en principio funcionales, eso sí, reñidas y con frecuencia enfrentadas con la normativa oficial y las nuevas pautas sociales y culturales.

Instalados los hijos y sus hijos, el siguiente paso fue traer a sus padres y otros parientes; pero ¿qué significaron para estos las nuevas convivialidades? Para algunos, el cambio resultó tan brutal que manifestaban abiertamente haber migrado solo por complacer a sus hijos. Las transformaciones del contexto convivencial tornado en asunto generacional puede ser motivo de resistencia, en este caso, a la asimilación. En las generaciones de mayores, en adición al enfrentamiento con el estrés de la vida en otro contexto, se encuentra el malestar de los abuelos por ver disminuido su sitio en la jerarquía familiar. Las nuevas convivialidades de la migración podían operar en apego a una norma cultural, para el caso, muy centroamericana: la de que los hijos velen por el bienestar de sus padres; pero también podían obviar la otra parte de esa norma: la de la obediencia y respeto que acompañan a tales obligaciones filiales. En realidad, poco se podía hacer. Con el ejemplo de los centroamericanos, en las nuevas convivencias ni los familiares pueden estar en situación económica para prestar asistencia, ni el nuevo contexto permite atender a las obligaciones tradicionales. La situación se agravaría si consideramos la imposibilidad de que los abuelos se incorporen a la fuerza laboral, lo que los obligaría asumir el rol de cuidadores de los nietos o incluso de otros niños, para ayudar a los ingresos económicos familiares, como ocurrió en el caso de los centroamericanos (Menjívar 2000: 169–201). El fenómeno también puede advertirse en la migración de latinoamericanos a Europa (Araujo y Pedone 2014: 6).

La infructuosidad de la resistencia a las nuevas convivialidades también puede traducirse en frustración. Sentirse muy viejos para comenzar una nueva vida y un estorbo para sus hijos, o verse imposibilitados de actividades normales a su edad, como conversar (el necesario uso del inglés dificultaba la interacción social en los ámbitos normativos y sociales), eran las circunstancias más advertidas en el caso de los centroamericanos. Uno de los ejemplos más claros en los abuelos de ver superada su autoridad es el interés de los hijos migrantes por hacerlos encajar en el nuevo entorno (aprender inglés, para el caso). El soporte emocional, necesario para los migrantes y usualmente también solventado por las redes de apoyo, se hace mayor para los abuelos (Menjívar 2000: 202–205). La nueva convivialidad familiar puede albergar, como en el país de origen, inequidades (Arriagada 2017) relativas al sacrificio de los más débiles: mayores o infantes.

Respecto a los infantes, sin contar que el viaje a los Estados Unidos podía resultar traumático y que en general se dispensaba poca atención al asunto en el entorno familiar (Castellón Osegueda 2008), los arreglos familiares fueron más complejos para ellos. Dada la importancia que la infancia representa para toda una vida, los acomodos deberían ser, en principio, asunto de las convivialidades internas (familiares), pero la inestabilidad inicial y la desestructuración familiar complican sin duda la inserción de los niños en las nuevas convivialidades. Es importante recordar que estas

circunstancias suelen tener por marco las nuevas inequidades que impactan a los padres recién migrados. En el caso centroamericano, los bebés y los niños en edad preescolar debieron, generalmente, ser cuidados por un pariente, una niñera adulta o una guardería. Entre los padres que trabajaban en turnos diurnos y nocturnos, algunos niños en edad de escuela primaria se quedaban solos durante las primeras horas de la noche. Numerosos hijos (e incluso padres) debieron cambiar la escuela por el trabajo para llevar ingresos a sus familias. La presencia de jóvenes escolares en un hogar se constituía en una ayuda para los padres que trabajaban, pero representaba un sacrificio que los mayores debieron sobrellevar. Esto no era extraño en la cultura original, pero la información apunta que en los Estados Unidos la situación se extremó (Menjívar 2000: 207–211). Este es otro ejemplo de cómo los nuevos contextos pueden extremar las inequidades familiares de edad e incluso mezclarlas con las de género, como ocurrió en el caso centroamericano, pues a las niñas se les enseñaba a asumir las responsabilidades del hogar, en algunos casos a edades más tempranas de las que hubieran tenido en su país de origen (Cohen 1979: 85).

La relativa ventaja de los infantes viene de su inevitable crecimiento. Sin embargo, mientras la adaptación gana terreno en los niños, puede provocar desasosiego de los mayores. En el caso centroamericano, la disciplina de los niños preocupaba tanto a abuelos como a padres. Los agobiaban las costumbres “liberales” del nuevo entorno, el temor a que sus hijos se volvieran demasiado independientes, o no poder inculcarles valores considerados fundamentales en su cultura de origen, tales como el sentido de respeto, el deber y la obligación hacia los padres, particularmente en la vejez. Empero, los padres se rendían ante la esperanza de que los hijos aprovecharan los beneficios que los Estados Unidos ofrecían para “forjarse un mejor futuro” (Menjívar 2000: 207–211). La adaptación puede ser vista por la familia como llave para el éxito en las nuevas convivencias, y una poderosa justificación para los ajustes en sus dinámicas internas.

Sin embargo, tanto las dificultades del cuidado por causa de la presión económica y el sacrificio consciente ante las nuevas convivencias de los adultos como la posibilidad de superar la indefensión al crecer y la mejor capacidad de adaptación de los infantes, pueden conducir a conflictos que rebasan el ámbito de las convivencias familiares internas y afectar incluso entornos más amplios de convivencia. En el caso centroamericano, esto se ejemplifica con el ingreso de muchos jóvenes inmigrantes o hijos de los mismos, la mayoría de los cuales vivía en zonas deprimidas, a pandillas como la Eighteen Street –formada a inicios de la década de 1960 por inmigrantes mexicanos de Pico Union, en parte para defenderse de las pandillas de chicanos– (Córdova 2005). Es imposible negar en las pandillas otro tipo de contexto convivencial,

en el que sentido de pertenencia, seguridad y poder son elementos cohesionadores de sus integrantes.

Finalmente, ¿cómo se expresó en el hito 1970-1980 el transnacionalismo? Al separar la familia, la migración separó su contexto de convivialidad en dos: los que se iban y los que se quedaban. Menjívar ha evidenciado que un sentimiento de compromiso y hasta de culpa por no poder ayudar a los que se habían quedado –o por no ayudarlos lo suficiente– se instaura con los migrantes (Menjívar 2000: 136). Así, el esfuerzo de los migrantes por mantener sus unidades domésticas premigratorias se hace parte de la búsqueda de alternativas para maximizar los recursos en la economía global (Lagomarsino 2005).

Los que se quedaban alimentaron el imaginario del bienestar de los migrados, y se volvió usual la espera de noticias y apoyo, que llegaban pronto, más comúnmente con el envío de bienes y dinero. En sentido inverso, cuando no se trató del resto de la familia nuclear, fue vital el apoyo de la familia extendida en las labores de cuidado de quienes se quedaban (Cohen 1979: 98). De acuerdo con Baldassar y Merla, teorizamos el intercambio de cuidados en las familias (definido en sentido amplio) como intrínsecamente recíproco, regido por “la norma de la reciprocidad generalizada”, la expectativa de que la prestación de cuidados debe ser, en última instancia, recíproca, aunque puede que no se realice (Baldassar y Merla 2014: 6–7). Ahora bien, el cuidado es un fenómeno de la convivencia. La idea de familia transnacional pretende captar la creciente conciencia de que los miembros de las familias conservan su sentido de colectividad y simpatía a pesar de estar repartidos por múltiples naciones (Baldassar et al. 2007: 13). Estudios recientes conciben los compromisos de los inmigrantes en el país de origen y la asimilación a la sociedad de acogida no como fenómenos opuestos sino concurrentes (Morawska 2007: 159).

El cuidado también puede ser asimétrico. La prestación de cuidados transnacional, al igual que la prestación de cuidados en todas las familias (estén o no separadas por la migración), une a los miembros en redes intergeneracionales de reciprocidad y obligación, amor y confianza, que están simultáneamente plagadas de tensión, competencia y relaciones de poder desigual.

Ya en 1979 Cohen advertía la necesidad de prestar atención al papel y la función de los padres sustitutos en el cuidado de los hijos de los inmigrantes que permanecían en los lugares de origen (Cohen 1979: 99). Stoltz y Hamilton, por su parte, advertían en los inmigrantes centroamericanos de primera generación una identidad bifurcada (Stoltz y Hamilton 2007: 336), que ya ejercía el transnacionalismo antes de la llegada de los nuevos migrantes. Pero el transnacionalismo que construirían los nuevos migrantes fue mucho más grande en forma y contenido. Sin duda, fue comparativamente mayor

el nuevo sistema de relaciones transnacionales (¿contextos transnacionales?) de los nuevos migrantes, que se expresó, desde entonces, en acciones de reciprocidad y obligación en la prestación de cuidados familiares. Esta nueva forma de convivencia familiar también encarnó nuevas formas de tensión, competencia y relaciones de poder desigual (Baldassar y Merla 2014: 6–7), nuevas inequidades.

4. Conclusiones

Se ha llamado la atención sobre el interés que amerita estudiar la movilidad en regiones expuestas históricamente a la movilidad (Caarls y Mazzucato 2016; Bordone y Valk 2016), pero poco se han analizado las bases de las configuraciones transnacionales y sus repercusiones en el presente y el futuro. Inequidad y convivialidad son ámbitos útiles para comprender la diversidad de circunstancias expuestas por la migración desde estos nuevos lentes conceptuales y este nuevo vocabulario, que ayudan a sacarlo a la luz (Morawska 2007; Glick-Schiller 1999; Glick-Schiller y Çağlar 2011; Smith 1997). Ya en la década de 1970, Illich refería a la “sociedad convivencial” (Illich 1978) como un arreglo político que garantizaba la protección de la supervivencia, la justicia y el trabajo autodefinido (Nowicka y Vertovec 2014: 343).

Pries ha afirmado que los contextos de convivencia no tienen una configuración espacial automática, y que, como otros, se constituyen en el ámbito de las migraciones transnacionales. A su vez, expuso que los contextos convivenciales son tanto espacios sociales locales como translocales (Pries 2008). Con el ejemplo de los centroamericanos del TNC migrando a los Estados Unidos se puede advertir un proceso que encadena inequidades y convivialidades en permanentes ajustes, en una movilidad espacial y social encadenada. En los nuevos espacios familiares actuaron nuevos factores como el cuidado, la asistencia afectiva y material, y los vínculos entre los migrantes y sus comunidades de origen –tanto económicos, como políticos o sociales–, por medio de múltiples mecanismos que surgían y se perfeccionaban (García Sánchez 2018: 224). Estos fenómenos podían no ser desconocidos para los individuos de las anteriores migraciones, pero la violencia, la persecución y el miedo de los migrantes del TNC hacia los Estados Unidos, entre finales de 1970 e inicios de la década de 1980, establecieron pautas particulares.

El caso centroamericano muestra cómo la familia es un sujeto pertinente para estudiar la convivialidad y la inequidad. Las unidades familiares del TNC se comportaron como unidades flexibles, que se expandieron y contrajeron al ritmo de las inequidades y convivialidades presentes en el proceso migratorio, pero también en la instalación y desarrollo de una nueva vida. Producto de ello, décadas después del inicio de la inmigración masiva a los Estados Unidos, la comunidad centroamericana ya se había

convertido en una comunidad transnacional en un mundo posindustrial y globalizado (Basch et al. 1993: 7). Las teorías de las redes y sistemas migratorios (Castles y Kosack 1973; Castles 2016) continúan despertando gran interés, y el transnacionalismo y la circulación de cuidados se encuentran al frente de los nuevos estudios migratorios. En tal sentido, perspectivas que hagan énfasis en la familia pueden resultar en contribuciones a la comprensión de procesos como el migratorio, así como aportar a la necesidad metodológica de discernir, desde una perspectiva tanto actual como histórica, las estructuras en las que se insertan las interacciones convivenciales (Mecila 2017: 8).

5. Bibliography

- Abuelafia, Emmanuel; Del Carmen, Giselle y Ruiz-Arranz, Marta (2019): “Tras los pasos del migrante: Perspectivas y experiencias de la migración de El Salvador, Guatemala y Honduras en Estados Unidos”, *Monografía del BID*, No. 775, Nueva York, Washington D.C.: BID y USAID.
- Acuña Ortega, Víctor H. (org.) (2000): *Historia del istmo centroamericano*, San José: Coordinación Educativa y Cultural Centroamericana.
- Aguilar, Marco Antonio (2003): *Consecuencias del Tratado de Libre Comercio Triángulo Norte de Centroamérica y México*, en: <http://www.url.edu.gt/PortalURL/Archivos/83/Archivos/Departamento%20de%20Investigaciones%20y%20publicaciones/Articulos%20Doctrinarios/Económicas/TLC%20Mexico%20Triangulo%20Norte%20CA.pdf>.
- Amelina, Anna; Horvath, Kenneth y Meeus, Bruno (org.) (2016): *An Anthology of Migration and Social Transformation: European Perspectives*, Cham: Springer.
- Araujo, Sandra Gil y Pedone, Claudia (2014): “Familias migrantes y estados: vínculos entre Europa y América Latina”, en: *Papeles del CEIC*, 2014, 2, en: <https://ojs.ehu.eus/index.php/papelesCEIC/article/view/13020> (consultado el 27.10.2022).
- Argüello, Omar (1981): “Estrategias de supervivencia: un concepto en busca de su contenido”, en: *Demografía y economía*, 15, 190–203.
- Ariza, Marina y Oliveira, Orlandina de (2004a): “Familias, pobreza y desigualdad social en Latinoamérica: una mirada comparativa”, en: *Estudios demográficos y urbanos*, 22, 1, 9–42.

- Ariza, Marina y Oliveira, Orlandina de (2004b): "Familias, pobreza y necesidades de políticas públicas en México y Centroamérica", en: Arriagada, Irma y Verónica Aranda (org.), *Cambio de las familias en el marco de las transformaciones globales: necesidad de políticas públicas eficaces [Seminarios y conferencias 42]*, Santiago: CEPAL, 153–195.
- Arriagada, Irma (2017): "Familias y hogares en América Latina", en: Nájera Aguirre, Jéssica N.; García, Brígida y Gómez Muñoz, María Edith Pacheco (org.), *Hogares y trabajadores en México en el siglo XXI*, Ciudad de México: El Colegio de México, 25–70.
- Bailey, Adrian J. y Hane, Joshua G. (1995): "Population in Motion: Salvadorean Refugees and Circulation Migration", en: *Bulletin of Latin American Research*, 14, 2, 171–200.
- Baker-Cristales, Beth (2004): *Salvadoran migration to Southern California: Redefining el Hermano Lejano*, Gainesville: University Press of Florida.
- Baldassar, Loretta; Baldock, Cora V. y Wilding, Raelene (2007): *Families Caring Across Borders: Migration, Ageing and Transnational Caregiving*, Basingstoke: Palgrave Macmillan.
- Baldassar, Loretta y Merla, Laura (2014): *Transnational Families, Migration and the Circulation of Care: Understanding Mobility and Absence in Family Life*, London: Routledge.
- Baró, Martín (1980): "La imagen de la mujer en El Salvador", en: *Estudios Centroamericanos*, 35, 380, 557–568.
- Basch, Linda G.; Schiller, Nina Glick y Szanton Blanc, Cristina (1993): *Nations Unbound: Transnational Projects, Postcolonial Predicaments, and Deterritorialized Nation-States*, Basel: Gordon y Breach.
- Blanchard, Sarah; Hamilton, Erin H.; Rodríguez, Nestor y Yoshioka, Hirotohi (2011): "Shifting Trends in Central American Migration: A Demographic Examination of Increasing Honduran-U.S. Immigration y Deportation", en: *The Latin Americanist*, 55, 4, 61–84.
- Bohra-Mishra, Pratikshya y Massey, Douglas S. (2011): "Individual Decisions to Migrate During Civil Conflict", en: *Demography*, 48, 2, 401–424.
- Booth, John (1987): "Igualdad socioeconómica en Centroamérica: Tendencias recientes y futuras", en: *Anuario de Estudios Centroamericanos*, 13, 2, 93–115.

- Bordone, Valeria y Valk, Helga A. G. de (2016): "Intergenerational Support Among Migrant Families in Europe", en: *European Journal of Ageing*, 13, 259–270.
- Burns, Allan (1993): *Maya In Exile: Guatemalans in Florida*, Philadelphia: Temple University Press.
- Caarls, Kim y Mazzucato, Valentina (2016): "Transnational Relationships and Reunification", en: *Demographic Research*, 34, 587–614.
- Castellón Osegueda, José Ricardo (2008): *Las visiones de los jóvenes cuando deciden emigrar y cuando anhelan regresar*, La Libertad: Escuela de Comunicación Mónica Herrera.
- (2019): *Secretos de familia. Familia y movilidad en El Salvador colonial*, San Salvador: Editorial UCA.
- Castles, Stephen (2016): "Understanding Global Migration: A Social Transformation Perspective", en: Amelina, Anna; Kenneth Horvath y Bruno Meeus (org.), *An Anthology of Migration and Social Transformation: European Perspectives*, Cham: Springer, 19–42.
- Castles, Stephen y Kosack, Godula (1973): *Immigrant Workers and Class in Western Europe*, London: Oxford University Press.
- Castro Gutiérrez, Felipe (2018): "La violencia rutinaria y los límites de la convivencia en una sociedad colonial", *Mecila Working Paper Series*, No. 9, São Paulo: Maria Sibylla Merian Centre Conviviality-Inequality in Latin America.
- Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (1977): "Boletín demográfico", Año X, 20, Santiago de Chile: CELADE.
- Chávez, Leo; Flores, Esteban y López-Garza, Marta (1989): "Migrants and Settlers: A Comparison of Undocumented Mexican and Central Americans in the United States", en: *Frontera Norte*, 1, 1, 49–75.
- Cohen, Lucy M. (1979): "Culture, Disease, and Stress among Latino Immigrants", *RIIES Special Study. Research Institute on Immigration and Ethnic Studies*, Washington D.C.: Smithsonian Institute.
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe (1976): "Desarrollo y política social en Centroamérica", Ciudad de México: Naciones Unidas, en: https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/26219/CEPALmex76-11_es.pdf?sequence=1&isAllowed=y (consultado el 27.10.2022).

- Comisión Económica para América Latina y el Caribe (1983): “Five Studies on the Situation of Women in Latin America”, *Estudios e Informes de la CEPAL*, No. 16, Santiago de Chile: Naciones Unidas.
- (1993): *Cambios en el perfil de la familia: la experiencia regional*, Santiago de Chile: Naciones Unidas.
- Córdova, Carlos (2005): *The Salvadoran Americans*, Westport: Greenwood Press.
- Costa, Sérgio (2019): “The Neglected Nexus between Conviviality and Inequality”, *Mecila Working Paper Series*, No. 17, São Paulo: Maria Sibylla Merian Centre Conviviality-Inequality in Latin America.
- Coutin, Susan Bibler (1998): “From Refugees to Immigrants: The Legalization Strategies of Salvadoran Immigrants and Activists”, en: *International Migration Review*, 32, 4, 901–925.
- Cumes, Aura Estela (2019): “La ‘india’ como ‘sirvienta’. Servidumbre doméstica, colonialismo y patriarcado en Guatemala”, en: Monzón, Ana Silvia (org.), *Antología del pensamiento crítico guatemalteco contemporáneo*, Buenos Aires: CLACSO, 569–606.
- Euraque, Darío A. (1996): *Reinterpreting the Banana Republic: Region and State in Honduras, 1870-1972*, Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- Fink, Leon (2003): *The Maya of Morganton: Work and Community in the Nuevo New South*, Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- Funkhouser, Edward (1992): “Mass Emigration, Remittances, and Economic Adjustment: The Case of El Salvador in the 1980s”, en: Borjas, George J. y Freeman, Richard B. (org.), *Immigration and the Work Force: Economic Consequences for the United States and Source Areas*, Chicago: University of Chicago Press, 135–175.
- García, Brígida y Oliveira, Orlandina de (2006): *Las familias en el México metropolitano. Visiones femeninas y masculinas*, Ciudad de México: El Colegio de México.
- García Sánchez, Alberto (2018): “Revisión crítica de las principales teorías que tratan de explicar la migración”, en: *Revista Internacional de Estudios Migratorios*, 7, 4, 198–228.

- Gibson, Campbell y Jung, Kay (2006): *Historical Census Statistics on the Foreign-born population of the United States: 1850 to 2000*, Nueva York: Novinka Books.
- Glick-Schiller, Nina (1999): "Transmigrants and Nation-States: Something Old and Something New in the U.S. Immigrant Experience", en: Hirschman, Charles; Kasinitz, Philip y Wind, Joshua de (org.), *The Handbook of International Migration: The American Experience*, Nueva York: Russel Sage, 94–119.
- Glick-Schiller, Nina y Çağlar, Ayşe (org.) (2011): *Locating Migration: Rescaling Cities and Migrants*, Ithaca: Cornell University Press.
- Glick-Schiller, Nina y Salazar, Noel B. (2013): "Regimes of Mobility across the Globe", en: *Journal of Ethnic and Migration Studies*, 39, 2, 183–200.
- Gonzalbo, Pilar (2006): *Introducción a la historia de la vida cotidiana*, Ciudad de México: El Colegio de México.
- Grasmuck, Sherri y Pessar, Patricia R. (1991): *Between Two Islands: Dominican International Migration*, Berkeley: University of California Press.
- Guarnizo, Luis (1997): "The Emergence of a Transnational Social Formation and the Mirage of Return Migration among Dominican Transmigrants", en: *Identities*, 42, 2, 281–322.
- Hagan, Jacqueline Maria (1994): *Deciding to be Legal: A Maya Community in Houston*, Philadelphia: Temple University Press.
- Hagan, Jacqueline Maria; Eschbach, Karl y Rodriguez, Nestor (2008): "U.S. Deportation Policy, Family Separation, and Circular Migration", en: *The International Migration Review*, 42, 1, 64–88.
- Hamilton, Nora y Stoltz, Norma (1991): "Central American Migration: A Framework for Analysis", en: *Latin American Research Review*, 26, 1, 75–110.
- Hamilton, Nora y Stoltz, Norma (2001): *Seeking Community in a Global City: Guatemalans and Salvadorans in Los Angeles*, Philadelphia: Temple University Press.
- Hondagneu-Sotelo, Pierrete y Ávila, Ernestine (1997): "'I'm Here, but I'm There': The Meanings of Latina Transnational Motherhood", en: *Gender & Society*, 11, 5, 548–571.
- Illich, Iván (1978): *La convivencialidad*, en: ivanillich.org.mx (consultado el 04.12.2020).

- Kofman, Eleonore; Kraler, Albert; Kohli, Martin y Schmoll, Camille (2011): "Issues and Debates on Family-Related Migration and the Migrant Family: A European Perspective", en: Kraler, Albert; Kofman, Eleonore; Kohli, Martin y Schmoll, Camille (org.), *Gender, Generations and the Family in International Migration*, Amsterdam: Amsterdam University Press, 13–54.
- Kraler, Albert; Kofman, Eleonore; Kohli, Martin y Schmoll, Camille (org.) (2011): *Gender, Generations and the Family in International Migration*, Amsterdam: Amsterdam University Press.
- Lagomarsino, Francesca (2005): "¿Cuál es la relación entre familia y migración? El caso de las familias de emigrantes ecuatorianos en Génova", en: Herrera, Gioconda; Carillo, María y Torres, Alicia (org.), *La migración ecuatoriana transnacionalismo, redes e identidades*, Quito: FLACSO, 335–358.
- Landolt, Patricia; Autler, Lilian y Baires, Sonia (1999): "From Hermano Lejano to Hermano Mayor: The Dialectics of Salvadoran Transnationalism", en: *Ethnic and Racial Studies*, 22, 2, 290–315.
- Laure, Joseph (1997): "Centroamérica: salario mínimo, seguridad alimentaria y pobreza", *Colección Documentos Técnicos*, n. n., Guatemala: Instituto de Nutrición de Centro América y Panamá.
- Mahler, Sarah J. (1996): *American Dreaming: Immigrant Life on the Margins*, Princeton: Princeton University Press.
- Massey, Douglas S.; Alarcón, Rafael; Durand, Jorge y González, Humberto (1987): *Return to Aztlan: The Social Process of International Migration from Western Mexico*, Berkeley: University of California Press.
- Mecila (2017): "Conviviality in Unequal Societies: Perspectives from Latin America Thematic Scope and Preliminary Research Programme", *Mecila Working Paper Series*, No. 1, São Paulo: Maria Sibylla Merian Centre Conviviality-Inequality in Latin America.
- Menjívar, Cecilia (2000): *Fragmented Ties: Salvadoran Immigrant Networks in America*, Berkeley: University of California Press.
- Menjívar, Cecilia (2006): "Liminal Legality: Salvadoran and Guatemalan Immigrants' Lives in the United States", en: *American Journal of Sociology*, 111, 4, 999–1037.
- Montes, Segundo (1987): *Salvadoreños refugiados en los Estados Unidos*, San Salvador: Universidad Centroamericana José Simeón Cañas.

- Morawska, Eva (2007): "Transnationalism", en: Waters, Mary C.; Ueda, Reed y Marrow, Helen B. (org.), *The New Americans: a Guide to Immigration Since 1965*, Cambridge: Harvard University Press, 149–163.
- Morrison, Andrew R. y May, Rachel A. (1994): "Escape from Terror: Violence and Migration in Post-Revolutionary Guatemala", en: *Latin American Research Review*, 29, 2, 11–132.
- Naciones Unidas (1965): *La situación social de la infancia y la juventud en El Salvador. Dificultades del desarrollo*, Santiago de Chile: Consejo Económico y Social.
- Nowicka, Magdalena y Vertovec, Steven (2014): "Comparing Convivialities: Dreams and Realities of Living-with-Difference", en: *European Journal of Cultural Studies*, 17, 4, 341–356.
- Oliveira, Orlandina de y García, Brígida (2018): "Aproximaciones sociodemográficas al estudio de los hogares y familias en México", en: Nájera Aguirre, Jéssica N.; García, Brígida y Gómez Muñoz, María Edith Pacheco (org.), *Hogares y trabajadores en México en el siglo XXI*, Ciudad de México: El Colegio de México, 71–128.
- Oso, Laura y Parella, Sónia (2012): "Inmigración, género y Mercado de trabajo: una panorámica de la investigación sobre la inserción Laboral de las mujeres inmigrantes en España", en: *Cuadernos de Relaciones Laborales*, 30, 1, 11–14.
- Pérez Brignoli, Héctor (1990): *Breve historia de Centroamérica*, Madrid: Alianza Editorial.
- Popkin, Eric; Lawrence, Sarah y Andrade-Eekhoff, Kay (2000): "The Construction of Household Labor Market Strategies in Central America Transnational Migrant Communities", trabajo presentado en el Latin America Labor and Globalization Trends Following a Decades of Economic Adjustment: A Workshop, organizado por Social Science Research Council (SSRC) y Flacso-Costa Rica, San José, Costa Rica, 10 y 11 de julio.
- Portes, Alejandro (2000): "Immigration and the Metropolis: Reflections on Urban History", en: *Journal of International Migration and Integration*, 1, 153–175.
- Pries, Ludger (2008): *Die Transnationalisierung der sozialen Welt. Sozialräume jenseits von Nationalgesellschaften*, Frankfurt: Suhrkamp.

- Reichman, Daniel R. (2011): *The Broken Village: Coffee, Migration, and Globalization in Honduras*, Nueva York: Cornell University Press.
- Repak, Terry (1995): *Waiting on Washington: Central American Workers in the Nation's Capital*, Philadelphia: Temple University Press.
- Salazar, Noel B. y Smart, Alan (2011): "Anthropological Takes on (Im)Mobility", en: *Identities*, 18, 6, i–ix.
- Salazar Parreñas, Rhacel (2001): *Servants of Globalization: Women, Migration and Domestic Work*, Stanford: Stanford University Press.
- Sánchez Molina, Raúl (2004): "Cuando los hijos se quedan en El Salvador: Familias transnacionales y reunificación familiar de inmigrantes salvadoreños en Washington, D.C.", en: *Revista de dialectología y tradiciones populares*, 59, 2, 257–276.
- Segura, Ramiro (2019): "Convivialidad en ciudades latinoamericanas. Un ensayo bibliográfico desde la antropología", *Mecila Working Paper Series*, No. 11, São Paulo: Maria Sibylla Merian Centre Conviviality-Inequality in Latin America.
- Sheller, Mimi y Urry, John (2006): "The New Mobilities Paradigm", en: *Environment and Planning A: Economy and Space*, 38, 2, 207–226.
- Smith, Robert (1997): "Reflections on Migration, the State and the Construction, Durability and Newness of Transnational Life", en: *Soziale Welt. Sonderband*, 12, 9, 197–217.
- Stoltz, Norma y Hamilton, Nora (2007): "Central America. Guatemala, Honduras, El Salvador", en: Waters, Mary C.; Ueda, Reed y Marrow, Helen B. (org.), *The New Americans: a Guide to Immigration Since 1965*, Cambridge: Harvard University Press, 328–339.
- Torrado, Susana (1981): "Sobre los conceptos de 'estrategias familiares de vida' y 'proceso de reproducción de la fuerza de trabajo': notas teórico-metodológicas", en: *Demografía y economía*, 15, 2, 204–233.
- Torres Rivas, Edelberto y Jiménez, Dina (1985): "Informe sobre el estado de las migraciones en Centroamérica", en: *Anuario de Estudios Centroamericanos*, 11, 2, 25–66.
- Touraine, Alain ([2000] 2002): *A la búsqueda de sí mismo. Diálogo sobre el sujeto*, Buenos Aires: Dumont.

- Ullmann, Heidi; Maldonado Valera, Carlos y Nieves Rico, María (2014): “La evolución de las estructuras familiares en América Latina, 1990-2010: Los retos de la pobreza, la vulnerabilidad y el cuidado”, *Serie Políticas Sociales*, No. 193, Comisión Económica para América Latina y el Caribe.
- Valk, Helga A. G. de y Bueno, Xiana (2016): “Arreglos familiares de la población latinoamericana en España: ¿cambios en tiempos de crisis?”, en: *Notas de Población*, 102, 123–148.
- Vos, Susan de (1987): “Latin American Households in Comparative Perspective”, en: *Population Studies*, 41, 501–517.
- Walter Franklin, Knut (2000): “Estructura y dinámicas sociales”, en: Acuña Ortega, Víctor H. (org.), *Historia del istmo centroamericano*, San José: Coordinación Educativa y Cultural Centroamericana, 405–422.
- Waters, Mary C.; Ueda, Reed y Marrow, Helen B. (org.) (2007): *The New Americans: a Guide to Immigration Since 1965*, Cambridge: Harvard University Press.

Working Papers published since 2017:

1. Maria Sybilla Merian International Centre for Advanced Studies in the Humanities and Social Sciences Conviviality-Inequality in Latin America (Mecila) (2017): "Conviviality in Unequal Societies: Perspectives from Latin America: Thematic Scope and Preliminary Research Programme".
2. Müller, Gesine (2018): "Conviviality in (Post)Colonial Societies: Caribbean Literature in the Nineteenth Century".
3. Adloff, Frank (2018): "Practices of Conviviality and the Social and Political Theory of Convivialism".
4. Montero, Paula (2018): "Syncretism and Pluralism in the Configuration of Religious Diversity in Brazil".
5. Appadurai, Arjun (2018): "The Risks of Dialogue".
6. Inuca Lechón, José Benjamín (2018): "Llaktapura sumak kawsay / Vida plena entre pueblos. Un concepto emancipatorio de las nacionalidades del Ecuador".
7. Wade, Peter (2018): "*Mestizaje* and Conviviality in Brazil, Colombia and Mexico".
8. Graubart, Karen (2018): "Imperial Conviviality: What Medieval Spanish Legal Practice Can Teach Us about Colonial Latin America".
9. Gutiérrez, Felipe Castro (2018): "La violencia rutinaria y los límites de la convivencia en una sociedad colonial".
10. Wasser, Nicolas (2018): "The Affects of Conviviality-Inequality in Female Domestic Labour".
11. Segura, Ramiro (2019): "Convivialidad en ciudades latinoamericanas. Un ensayo bibliográfico desde la antropología".
12. Scarato, Luciane (2019): "Conviviality through Time in Brazil, Mexico, Peru, and Río de la Plata".
13. Barreneche, Osvaldo (2019): "Conviviality, Diversidad, Fraternidad. Conceptos en diálogo".
14. Heil, Tilmann (2019): "Conviviality on the Brink".

15. Manzi, Maya (2019): "Fighting against or Coexisting with Drought? Conviviality, Inequality and Peasant Mobility in Northeast Brazil".
16. Guiteras Mombiola, Anna (2019): "School Centres for 'Savages': In Pursuit of a Convivial Sociability in the Bolivian Amazon".
17. Costa, Sérgio (2019): "The Neglected Nexus between Conviviality and Inequality".
18. Banzato, Guillermo (2019): "Soberanía del conocimiento para superar inequidades. Políticas de Acceso Abierto para revistas científicas en América Latina".
19. Gil Montero, Raquel and Albiez, Sarah (2019): "Conviviality as a Tool for Creating Networks: The Case of an Early Modern Global Peasant Traveler".
20. Briones, Claudia (2019): "Políticas contemporáneas de convivialidad. Aportes desde los pueblos originarios de América Latina".
21. Rojas Scheffer, Raquel (2020): "Articulating Differences and Inequalities: Paid Domestic Workers' and Housewives' Struggles for Rights in Uruguay and Paraguay".
22. Potthast, Barbara (2020): "*Mestizaje* and Conviviality in Paraguay".
23. Mahile, Alejandra (2020): "¿Legados prestigiosos? La revalorización del sustrato cultural indígena en la construcción identitaria argentina, entre fines del siglo XIX y los años treinta".
24. Segsfeld, Julia von (2020): "Ancestral Knowledges and the Ecuadorian Knowledge Society".
25. Baldraia, Fernando (2020): "Epistemologies for Conviviality, or Zumbification".
26. Feltran, Gabriel (2020): "Marginal Conviviality: On Inequalities and Violence Reproduction".
27. Rojas Scheffer, Raquel (2020): "Physically Close, Socially Distant: Paid Domestic Work and (Dis-)Encounters in Latin America's Private Households".
28. Gil Montero, Raquel (2020): "Esclavitud, servidumbre y libertad en Charcas".
29. Manzi, Maya (2020): "More-Than-Human Conviviality-Inequality in Latin America".

30. Klengel, Susanne (2020): "Pandemic Avant-Garde: Urban Coexistence in Mário de Andrade's *Pauliceia Desvairada* (1922) After the Spanish Flu".
31. Gomes, Nilma L. (2021): "Antiracism in Times of Uncertainty: The Brazilian Black Movement and Emancipatory Knowledges".
32. Rocha, Camila (2021): "The New Brazilian Right and the Public Sphere".
33. Boesten, Jan (2021): "Violence and Democracy in Colombia: The Conviviality of Citizenship Defects in Colombia's Nation-State".
34. Pappas, Gregory F. (2021): "Horizontal Models of Conviviality or Radical Democracy in the Americas: Zapatistas, Boggs Center, Casa Pueblo".
35. Gutiérrez Rodríguez, Encarnación (2021): "Entangled Migrations: The Coloniality of Migration and Creolizing Conviviality".
36. Reis, João José (2021): "Slaves Who Owned Slaves in Nineteenth-Century Bahia, Brazil".
37. Streva, Juliana M. (2021): "*Aquilombar* Democracy: Fugitive Routes from the End of the World".
38. Chicote, Gloria (2021): "Los tortuosos pactos de convivencia en *El juguete rabioso* de Roberto Arlt".
39. Penna, Clemente (2021): "The Saga of Teofila: Slavery and Credit Circulation in 19th-Century Rio de Janeiro".
40. Cohen, Yves (2021): "Horizontality in the 2010s: Social Movements, Collective Activities, Social Fabric, and Conviviality".
41. Tosold, Léa (2021): "The Quilombo as a Regime of Conviviality: *Sentipensando* Memory Politics with Beatriz Nascimento".
42. Estrada, Jorge (2022): "Ruthless Desires of Living Together in Roberto Bolaño's *2666*: Conviviality between *Potestas* and *Potentia*".
43. Stefan, Madalina (2022): "Conviviality, Ecocriticism and the Anthropocene: An Approach to Postcolonial Resistance and Ecofeminism in the Latin American Jungle Novel".
44. Teixeira, Mariana (2022): "Vulnerability: A Critical Tool for Conviviality-Inequality Studies".
45. Costa, Sérgio (2022): "Unequal and Divided: The Middle Classes in Contemporary Brazil".
46. Suárez, Nicolás (2022): "Museos del cine latinoamericanos: Políticas de preservación fílmica en contextos conviviales y desiguales".

47. Wanschelbaum, Cinthia (2022): “El proyecto educativo conservador del gobierno de Macri y los vínculos con actores privados”.
48. Rojas Scheffer, Raquel (2022): “Another Turn of the Screw: The COVID-19 Crisis and the Reinforced Separation of Capital and Care”.
49. Pinedo, Jerónimo (2022): “‘¿Cómo se vivió aquí en la pandemia?’. La trama convivial de la covid-19”.
50. Schultz, Susanne (2022): “Intersectional Convivialities: Brazilian Black and Popular Feminists Debating the *Justiça Reprodutiva* Agenda and Allyship Framework”.
51. Castellón Osegueda, José Ricardo (2022): “Inequidades y convivialidades en movimiento. La familia y los inicios de la migración del Triángulo Norte de Centroamérica hacia los Estados Unidos”.



**Ibero-Amerikanisches
Institut**
Preußischer Kulturbesitz



CEBRAP
centro brasileiro de análise e planejamento



IdIHCS Instituto de Investigaciones en
Humanidades y Ciencias Sociales



**EL COLEGIO
DE MÉXICO**

Freie Universität



Berlin

The Maria Sibylla Merian Centre Conviviality-Inequality in Latin America (Mecila) was founded in April 2017 by three German and four Latin American partner institutions and is funded by the German Federal Ministry of Education and Research (BMBF). The participating researchers investigate coexistence in unequal societies from an interdisciplinary and global perspective. The following institutions are involved: Freie Universität Berlin, Ibero-Amerikanisches Institut/Stiftung Preußischer Kulturbesitz, Universität zu Köln, Universidade de São Paulo (USP), Centro Brasileiro de Análise e Planejamento (CEBRAP), IdIHCS (CONICET/Universidad Nacional de La Plata), and El Colegio de México. Further information at <http://www.mecila.net>.

Contact

Coordination Office
Maria Sybilla Merian Centre
Conviviality-Inequality in Latin America

Rua Morgado de Mateus, 615
São Paulo – SP
CEP 04015-051
Brazil

mecila@cebrap.org.br

SPONSORED BY THE



**Federal Ministry
of Education
and Research**